



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13255

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 22 DE ENERO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Oumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



El Señor

D. José Requena Hernández

HA FALLECIDO

RABIENDO RECIBIDO LOS SANTOS SACRAMENTOS Y LA BENDICION DE SU SANTIDAD.

*Sus desconsoladas hijas,
hijos políticos, nietos, hermanos, hermanas políticas,
sobrinos y demás parientes,*

Suplican á sus amigos se sirvan
encomendar su alma á Dios.

La Redacción de **EL ECO DE CARTAGENA**, se asocia de todo corazón al des-
consuelo que experimenta la familia del finado.

EUGENIA GRANDET 497

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 496

—En fin, señor Bergerin—dijo Grandet—V. es un
hombre honrado, ¿no es cierto? En V. me fío; venga
V. á ver á mi mujer siempre que lo crea necesario;
consérvemela V., la quiero con toda mi alma, aun-
que no lo aparente, porque soy un hombre que siento
mucho en mi interior y expreso poco y esto me des-
troza el alma.

daba á H. gusto—dijo la moribunda—pero no me es
posible levantarme.

—¡Pobre madrasa!—dijo el tonelero—no sabes lo
mucho que te amo. Y á ti, hija mía.

Y al decir esto, Grandet abrazó y besó á Eug-
nia.

—¡Oh! ¡Cómo agrada besar á su hija después de
haber estado enojado con ella! ¡Hija de mi alma!
Mira, madrasa, ya la ves: ahora no somos más que
uno. Antes guarda eso—dijo el viejo á su hija, mos-
trándole el cofrecillo.—Anda, no tengas miedo; no
volveré á hablarte de él nunca.

El señor Bergerin, el médico más famoso de Sau-
mur, llegó inmediatamente.

Después de la consulta, manifestó de un modo per-
sistivo á Grandet que su esposa estaba muy enferma,
pero que con mucha tranquilidad de espíritu, con un
régimen dulce y con muchos y muy carísimos cui-
dados podría retrasarse su muerte hasta fines de
otoño.

—¿Y eso costará, mucho?—respondió el buen hom-
bre.—¿Se necesitarán muchas drogas?

—¡Pocas drogas, pero muchos cuidados—contestó
el médico; que no pudo disminuir una sonrisa.



XXXXVI

El padre Grandet colocó su oquillo encima del
necese, y miró á su hija, vacilando:
—¿Y serías capaz de hacer eso, Eugenia?—dijo el
padre.
—Sí, señor—contestó la enferma.